

APUNTES SOBRE BIBLIOGRAFÍA UNAMUNIANA EN ITALIA Y ALEMANIA

Sin haber alcanzado una valuación que ya pueda considerarse un punto de llegada (y como tal, naturalmente, punto de partida), la crítica italiana sobre Unamuno ha hecho evidentes progresos desde que, hace once años, Giovanni Maria Martini en su *Repertorio bibliografico italiano di letteratura spagnola* (aparecido en el volumen *Italia e Spagna*, editado, con la contribución de varios estudiosos, por el I. R. C. E. en Roma en 1941⁶), tuvo ocasión de reunir las opiniones que se referían a Unamuno: la de Giovanni Papini, en *Saggi su Cervantes e Miguel de Unamuno* (en *Stroncature*, en 1917; y véase, también de Papini, el *Unamuno de los Ritratti stranieri*, de 1932); la de Ezio Levi, en *Nella letteratura spagnola contemporanea* (1922); sin olvidar, entre las prefaciones a traducciones italianas de obras del escritor, la de Ferdinando Carlesi (para la producción de la *Fedra* hecha por Beccari en 1922) y la de Mario Puccini (para la traducción, del mismo Puccini, de *Tre romanzi esemplari di Miguel de Unamuno*, de 1924; y, también de Puccini, véase el *Unamuno* aparecido en el mismo año en la editora Formiggini de Roma).

Entre las opiniones entonces no recogidas por Bertini, tal vez valga la pena recordar aún hoy el ensayo de Antonio Capri, aparecido en un volumen de *Letteratura moderna* de 1928, y una "celebración" de Francisco Orestano, aparecida en un volumen de *Celebrazioni* de 1940. Efectivamente, las páginas de Capri, sencillas, pero, para aquel momento de la crítica unamuniana, agudas, habían sacado eficazmente a la luz "la potente vibración, en Unamuno, de lo que es más esencial e intensamente humano", y—a través del examen de *Del sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos*—habían trazado una comparación interesante entre el carácter de la época y las dotes precipuas del escritor, es decir, "el invencible anhelo a abrazar el universo, a comprender en sí el infinito, que es la nota distin-

tiva e ineliminable de nuestro tiempo". Las de Orestano, aunque inspiradas por el entonces reciente fallecimiento de Unamuno (son de 1937), habían oportunamente puesto de relieve el contraste, humanamente dramático y literariamente provechoso, de Unamuno, entre la necesidad de una fe y la incapacidad de abrazar una (a cuyo propósito Orestano había podido fácilmente recordar que Unamuno explícitamente se atenía a los versos famosos de Carducci sobre la vida: "*miglio oprando obliar, senza indagarlo—questo enorme mister de l'universo*"), y había iluminado, con recuerdos personales, episódicos pero significativos, aspectos poco conocidos de la vida externa del escritor.

Después del obligado intervalo de la guerra, por lo menos dos estudios de italianos sobre Unamuno merecen una mención especial: el ensayo sobre el pensamiento del escritor, del filósofo Michele Federico Sciacca, aparecido en *La filosofia oggi* (1945), y el dedicado a su personalidad conjunta (*Introduzione a Unamuno*), del hispanista Franco Meregalli, publicado por el "Bolletino di Letteratura moderna" (1947, año I, n, 5-6, págs. 97-109) (1).

Para una orientación de carácter general merece aquí mayor atención el segundo de los dos, que sin más ni más puede ser considerado como una válida preparación a una visión de conjunto de la multiplicidad difícil de captar: la figura y la obra unamunianas. Efectivamente, el ensayo de Meregalli tiene como fin la necesidad de que se amplíen decididamente los horizontes de la lectura de los es-

(1) Dejamos, claro está, de detenernos en los artículos de periódicos literarios o de diarios, haciendo excepción, al respecto, sólo para un escrito de útil síntesis, del titulado *Unamuno*, de J. Ferrater-Mora en el semanario "La Fiera Letteraria", de Roma del 6-2-1947, y uno del citado M. Puccini, *Ritratto di Unamuno*, en el diario (de izquierda), "Paese Sera", de Roma del 3-5-1951, en el último de los cuales la dramática exigencia interior del viejo Unamuno de ver salir, salva de la guerra civil, la verdadera España, por encima de las facciones, aparece trocada, para evidentes finalidades políticas contingentes, con aquiescencia del escritor, ante el vencedor de la misma guerra. Si hay alguien que, en Italia, nos parece que ha visto con justicia la actitud de Unamuno respecto a la política, acaso es Lorenzo Giusso, quien, en su breve pero clara nota sobre el escritor en la *Enciclopedia Italiana*, en 1937 escribía así: "Su concepción idealística y su sed romántica de libertad, las llevó Unamuno consigo también a la lucha política. Pero nunca fué hombre político. Quedó en otro plan ideal. Y pareció a los políticos ligereza, si no peor, la seriedad religiosa de su espíritu inquieto, anhelante de una reforma no de los nombres o de las instituciones abstractas y no del intelecto, sino del alma o del carácter de los españoles."

critos unamunianos, allá y fuera de los límites de sus obras, sobre las cuales es tradicional detenerse para interpretar la personalidad de Unamuno. De esta suposición saca Meregalli, implícita o explícitamente, conclusiones cuya agudeza ahora, según vamos alejándonos en el tiempo, se revela con evidencia cada vez mayor, incluso en sus referencias específicas a la actitud italiana para con el escritor español.

El hecho de que con la indicación de tal necesidad de ampliación de horizontes el crítico mencionado haya encontrado el camino justo, está documentado, entre otras causas, por su consideración de que la "personalísima producción de narrador de Unamuno" fuese "inadecuadamente conocida". El evidente mayor conocimiento italiano de hoy con respecto a Unamuno desde que, en los tiempos más recientes, ha aumentado en Italia el interés también hacia Unamuno narrador (1), confirma que la lectura de la obra narrativa, si no suficiente para darse cuenta de todo el escritor, es indispensable para no falsificarle. Y que la *Vida de Don Quijote y Sancho* sea la obra por lo menos "más leída", parecía al crítico mismo que estuviese en el orden natural de las cosas, ya que también él subrayaba en aquel libro la obra de un escritor que "injerta vitalmente la propia acción creadora sobre aquella del autor estudiado"; pero no dejaba de expresar, a propósito de tal obra, un pensamiento que merece ser tomado en consideración, esto es, que no debe sobrevalorizarse la contribución de la *Vida* desde el punto de vista del desarrollo histórico de la personalidad de Unamuno, aunque en ella ciertos aspectos de la psicología de su autor reciban luz definitiva, como entre otros, la posición de Unamuno respecto a la mujer, la cual habiendo quedado precedentemente—siempre según Meregalli—al margen de la vida del escritor, en esta obra, por el contrario, "sin perder aquel carácter somnambúlico e inconsciente que según Unamuno ella objetivamente tiene, llega a ser un problema subjetivamente vivo. Por un lado, aparece como un impedimento, como un estorbo a la aventura, a la expresión más bella del anhelo humano de mortalidad". A cuyo propósito Meregalli puede confirmar fácilmente el perpetuo contraste, que constituye la personalidad de Unamuno, con un elemento muy interesante: la

(1) Séanos permitido recordar al propósito nuestra breve nota *Unamuno narratore*, en "Idea", de Roma del 2-4-1950, y señalo aquí la traducción de *Paz en la guerra*, por G. Beccari (Con prefacio de C. Bo), que acaba de ser publicada en Florencia (Vallecchi Editore, 1952).

contradicción entre la vida real del escritor, "marido afectuoso y padre afortunado de nueve hijos", y su afirmación de que sólo el amor infeliz dé frutos espirituales (véase efectivamente su novela *Al correr de los años*).

En la valuación de Meregalli se adjuntaban consideraciones que se puede decir asumen más fácilmente la justa luz si son hechas por estudiosos extranjeros: entre todas aquella de señalar como un error de perspectiva de Unamuno, por lo menos en un primer tiempo (y también, siempre en un primer tiempo, de Ortega y Gasset), el hecho de juzgar que sean exclusivas del pueblo español la pereza y la presunción, defectos que, según Meregalli, serían "en realidad de cada muchedumbre semiculta". Interpretación de cuyas objetivas consecuencias, aplicables a una visión más moderna de la historia social sea de España o de los otros países, cada uno puede darse cuenta directamente.

Y en el examen de los varios aspectos de la actividad literaria de Unamuno, deteniéndose en el narrativo, precisamente a causa de la menor familiaridad con él, tanto de los lectores como de los críticos, Meregalli tenía la posibilidad de llamar la atención sobre la novela "de anotaciones verísticas" *Paz en la guerra*, narración "poco conocida pero fundamental", matriz de sus obras, "gracias a la curiosa subdivisión que Unamuno hace, en dicha novela, de los hombres, en "carnales, intelectuales, espirituales o cardíacos", subdivisión que luego Unamuno efectivamente hubiera tenido presente, tomándola como punto de partida para su futura obra narrativa que él mismo llamaría expresionista, centro de la concepción de un instrumento de conocimiento no *razón* sino *intuición*, donde el conocimiento es expresión de una necesidad vital y no un recurso de captación de la verdad absoluta. En otras palabras: Unamuno dejaría ver ya en su obra narrativa la fractura entre la ciencia del ochocientos y las necesidades, que podríamos llamar extracientíficas, del alma de nuestro tiempo (si recordamos que Unamuno, notoriamente angustiado por el problema de la propia salvación en carne y hueso, volvió a estudiar el danés para leer Kierkegaard en el original, se obtiene la clara sensación de cuánto se ha desviado el así llamado existencialismo, en sus desconcertantes y contradictorias manifestaciones de hoy, desde sus orígenes filosófico-religiosos).

La prepotencia de las necesidades que hemos llamado extracientíficas, de nuestro tiempo, desorientado por las ininterrumpidas y siempre más preocupantes catástrofes materiales y morales, y ya casi privado del coraje de buscarse de nuevo una salvación, pone otra vez de actualidad y da nueva vida a muchas afirmaciones de un agudo examen sobre Unamuno, hecho ya hace varios años (en 1924), por uno de los más conocidos y notables romanistas alemanes, Ernst Robert Curtius, pero ahora oportunamente publicado de nuevo por el autor, junto a otros ensayos de él (entre los cuales hay varios dedicados a España y a los españoles, como el que se refiere a Ortega y Gasset, seguramente uno de los estudios más importantes sobre aquel escritor), en el volumen *Kritische Essays zur europäischen Literatur* (A. Francke, A. G. Verlag, Bern, 1950).

Ha sido punto de partida del ensayo de Curtius la notoriedad adquirida por Unamuno en la época de su exilio en Fuenteventura; pero el punto de llegada ha acabado por ser, en el análisis atento del estudioso alemán, la situación de las relaciones ideales entre España y el resto de Europa, vista y expuesta a la luz de la esencia y de la evolución (notoriamente ya tan notable en la época de este ensayo) del pensamiento unamuniano: el individualismo del escritor, su primera actuación histórica y literaria (con *En torno al casticismo*), su averiguación de la esencia de la tradición nacional española, el examen del modo con el cual una nación moderna tiene que comportarse frente a su propia tradición. Curtius había entrevisto ya desde entonces qué luz hubiera arrojado la obra de Unamuno sobre aspectos fundamentales de la ideal "convivencia" espiritual entre España y el resto de Europa; clarificación de la esencia de la hispanidad, conocimiento de ésta por parte de los hombres de otras razas de Europa, origen y naturaleza de problemas provenientes del encuentro de las varias "diversidades" europeas puestas en contacto gracias a tal recíproco enriquecimiento histórico y ético, transferencia de los modos de ver tales problemas del alma española a la de los otros pueblos.

Es fácil darse cuenta de que ciertas interpretaciones dadas por Curtius del pensamiento unamuniano y de que ciertas intuiciones que le han venido por el contacto con él pudiesen entonces parecer muy audaces y hasta paradójales, si se toma en consideración la lentitud y la fatiga con que se abren camino ciertas ideas—por él indicadas en Unamuno—aún hoy, que de la más rápida enunciación, esclarecimiento y actuación de ellas depende la salvación de todo el

modo de ser y de pensar del Occidente. Entre estas ideas, la primera es la de que regionalismo y europeísmo no son conceptos en contrastes sino que, al contrario, representan dos impulsos vitales que se condicionan y se refuerzan recíprocamente, como aparece en la misma evolución del pensamiento filosófico político de Unamuno, cuya suma ideal consiste, por lo que se refiere a las relaciones entre su propio país y los otros de la comunidad europea, en un equilibrio entre dar y haber, entre el "europeizarse" de España y un españolizarse de Europa (un problema que, transferido idealmente por Unamuno mismo en el plan filosófico del Yo y del Tu, se transforma en aquello de la introducción de la propia personalidad en la comunidad).

* * *

Si nosotros extendemos este concepto de Curtius entonces, sobre las relaciones entre *una* unidad y *todas* las otras, entre los países como entre los hombres, a aquello que hoy ha llegado a ser necesario y urgente (por todo lo que entretanto ha sucedido), de las relaciones entre *cada* unidad con *cada una* de las otras y de todas ellas juntas (hoy que no obstante y a pesar de dificultades y de impedimentos más o menos evidentes se esboza una progresiva reaproximación de Europa a España, con la recíproca progresiva re inserción de España en la comunidad europea), hubiéramos trazado por una parte el camino sobre el cual puede mostrarse que Unamuno, como gran escritor, es contemporáneo de cada tiempo, y cómo en cada tiempo se extiende su esfera ideal de recepción y de transmisión; por otra parte, hubiéramos subrayado en qué seria consideración merecen ser tenidos ciertos análisis hechos sobre la obra de Unamuno, ya añejos; pero que idealmente se ponen al día junto a ella, el desenvolverse de las cosas, gracias a la claridad y a la previsión de quien las escribió: el *excitator Hispaniae*, que Curtius en su juicio conclusivo vió entonces en Unamuno, ha llegado a ser ya idealmente un *excitator Europae*.

GIUSEPPE CARLO ROSSI.